

EN PRIMERA PERSONA. A propósito de las relaciones entre retórica, filosofía y subjetividad en los inicios de la Modernidad

Vicente Raga Rosaleny*

Universitat de València

Resumen: La crítica atribuye a Michel de Montaigne un papel destacado en el surgimiento de la idea de sujeto. Los mismos autores que recurren a este tópico contraponen al ensayista francés con el filósofo René Descartes, oponiendo a la pluralidad del yo de los ensayos el abstracto ego cartesiano. A nuestro juicio las relaciones entre ambos autores y su contexto son mucho más complejas y se dibujan sobre un trasfondo habitualmente descuidado, el del sistema retórico que impero en la época pre-moderna. El estudio de la relación crítica de ambos autores con este paradigma contribuirá a iluminar sus mutuos vínculos, cercanías y diferencias.

Palabras clave: retórica, filosofía, subjetividad, escepticismo, juicio.

Abstract: Critics give to Michel de Montaigne an outstanding paper in the sprouting of the subject idea. The same authors who resort to this topic oppose the French writer to the philosopher René Descartes, opposing the plurality of the self into the essays to the abstract cartesian ego. In our opinion the relations between both authors and their context are much more complex and they draw themselves on a background usually neglected, the rhetorical system that reign at the pre-modern time. The study of the critical relation of both authors with this paradigm will contribute to illuminate their mutual bonds, similarities and differences.

Key words: Rhetoric, Philosophy, Subjectivity, Scepticism, Judgement.

Uno de los *topoi* críticos más extendidos es el del “origen” de la subjetividad moderna en el Renacimiento, acompañado de un nombre propio, Michel de Montaigne y de su obra, los *Essais*, como piedra angular de tal descubrimiento en el campo literario, y de otro un poco posterior, René Descartes y su *Discours de la méthode*, en el filosófico.

Pero, pese a que abundan los estudios a propósito de los “inicios” de la subjetividad individualista moderna la relación entre ambos autores, Montaigne y Descartes, resulta cuanto menos problemática y ha sido escasamente tratada. Como mucho, suele indicarse el carácter empírico, histórico, plural, del *moi* montañiano, contraponiéndolo al abstracto, puro, unívoco, *cogito* cartesiano, contribuyendo así a reforzar las rígidas distinciones entre literatura y filosofía.

A nuestro juicio, sin embargo, un estudio detallado del contexto textual del que surgen tanto los escritos montañianos como los cartesianos, nos permitiría ver unas relaciones de filiación, y unas distinciones, mucho más matizadas que las que nos

* Vicente.raga@uv.es

proponen los manuales de historia de la filosofía al uso (y por ese camino cuestionaríamos al mismo tiempo las severas distinciones y fronteras disciplinarias antecitadas).

Leer a Montaigne y Descartes al hilo de su reacción al sistema retórico imperante en su tiempo nos daría algunas de las claves interpretativas, habitualmente descuidadas, que necesitamos. La consideración de la persona en la retórica clásica, el recurso al ‘carácter’ del orador, a las fuentes de autoridad y, en definitiva, a la tercera persona del discurso, contrastarían con un sujeto en primera persona como el que proponen los autores que nos ocupan. La importancia de una cierta noción de sujeto en la Modernidad tendría pues unas fuentes plurales e interdisciplinarias, estudiar tales relaciones, para iluminar tanto ese concepto como algunas de las razones de su crisis actual sería el objetivo de esta comunicación.

1.

Desde una perspectiva diversa de la que ha venido siendo la imperante, nuestro planteamiento pasa, pues, por mostrar las filiaciones, al mismo tiempo que las divergencias, existentes entre el pensamiento ‘filosófico’ montañiano y cartesiano al hilo de una cuestión central, habitualmente descuidada en los estudios especializados centrados en la obra de cada uno de estos autores: la de la concepción del sujeto, en particular, y del pensamiento en general, moderno puesto en acto en ambos escritores como reacción al sistema de escritura y actividad intelectual imperante en su época, el “paradigma retórico tradicional”¹.

Tan sólo desde hace relativamente poco tiempo habrían venido sucediéndose los estudios que confirmarían la importancia de la retórica en la historia de las ideas; el así denominado “sistema retórico” (Fumaroli)² habría sido determinante para el lenguaje, la escritura, y el pensamiento en el vasto período temporal que cubriría Edad Media y Renacimiento, encarnándose en las diversas corrientes de lo que ha dado en llamarse, de manera harto imprecisa, Escolástica.

¹ Puede encontrarse algún precedente de esta hipótesis en, por ejemplo, N. Peacock, y J. J. Supple (eds.): *Lire les Essais de Montaigne*, París, Champion, 2000 o en M. Fumaroli: *La diplomatie de l'esprit de Montaigne à La Fontaine*, París, Hermann, 1994, entre otros.

² Véase especialmente también su M. Fumaroli: *L'âge de l'éloquence. Rhétorique et “res literaria” de la Renaissance au seuil de l'époque classique*, París, Albin Michel, 1994.

Lejos de reducirse a una teoría de las figuras, a un arte de la sola mejora de la forma del discurso, competente tan sólo en el ámbito del estilo, como queda patente ya desde la propia división tradicional de las cinco partes de la Retórica: la *inventio*, la *dispositio*, la *elocutio*, la *memoria* y la *actio*, el “sistema retórico” absorbería en su seno, durante el período histórico señalado, aquellos elementos caracterizadores de la actividad intelectual genuina³.

Y así, si bien la *elocutio* podría entenderse rectamente como un arte de la ornamentación del discurso, tanto la *dispositio*, como fuente de las ideas, o la *inventio*, en tanto que arte de la argumentación, como la *memoria* y la *actio*, que estarían vinculadas a un “arte de la persona” o *ethos*, que implicaría una psicología, una teoría de las pasiones, una ética y una ontología propias, constituirían un entramado intelectual suficientemente bien trenzado como para competir con, y sustituir en diversas ocasiones, el pensamiento filosófico clásico (con el que, de todos modos, se encontraría entrelazado, como muestran las polémicas platónicas o el propio sistema aristotélico).

Aquí se encuadraría, en este contexto de dominio del “sistema retórico”, el gesto crítico, la distancia por relación a este paradigma, la ironía y el escepticismo característicos de la escritura de Michel de Montaigne, así como la ruptura y el afán de “originalidad”, el nuevo comienzo planteado por los textos de René Descartes⁴.

De este modo, cabría empezar nuestra relectura, por ejemplo, por la falta de memoria que caracterizaría al autor de los *Essais*, habitualmente entendida como un simple rasgo autobiográfico, y que cabría vincular, más bien, a la crítica de Montaigne a esta parte de la Retórica, tanto en su vertiente más técnica, como arte de la mnemotecnia, como al “arte de la persona” o concepción psicológica (que vincularía *memoria* y *actio*), del alma o mente, ligada a ella⁵.

³ Sobre la historia de la retórica y como introducción a su estudio puede consultarse, por ejemplo, M. Meyer (ed.): *Histoire de la rhétorique. Des grecs à nos jours*, París, Librairie Générale Française, 1999, o también M. Fumaroli (ed.): *Histoire de la rhétorique dans l'Europe moderne 1450-1950*, París, PUF, 1999.

⁴ Sobre el escepticismo propio de Montaigne y sus diversos elementos temáticos la bibliografía es abrumadora, aunque una buena introducción podría ser el texto de F. Brahami: *Le scepticisme de Montaigne*, París, PUF, 1997; sobre su ironía existen menos referencias, pero la Tesis doctoral en dos volúmenes de B. Roger-Vasselin: *L'ironie et l'humour chez Montaigne dans les Essais*, en curso de publicación, sería un buen compendio para introducirse en su estudio. Por último, sobre la cuestión de la originalidad y ruptura cartesianas, o más bien, sobre estos conceptos en la Modernidad, puede consultarse con provecho, entre otros, R. Mortier: *L'originalité. Une nouvelle catégorie esthétique au siècle des Lumières*, Ginebra, Droz, 1982.

⁵ Por ejemplo I, 9, 85, aunque las referencias a su falta de memoria son constantes en los *Essais*, que, por cierto citamos siguiendo la edición de André Tournon, en tres volúmenes, M. de Montaigne: *Essais*, París, Imprimerie Nationale, 1998, con el volumen en números romanos y el ensayo y página en arábigos respectivamente.

Y así, si en el Renacimiento todavía, desde una perspectiva compleja, escribir consistiría en una suerte de imitación, de hacer revivir aquellos pensamientos de los clásicos que, por ser tales, merecerían una consideración absoluta, y de ahí el papel capital de la memoria, en Montaigne se reduciría el protagonismo de ésta, concebida como mero reservorio externo del que servirse, siendo, por su lado, el juicio aquella facultad que adquiriría preeminencia, apropiándose éste de las ideas ajenas, poniéndolas al servicio de los intereses del individuo (con los subsiguientes cambios en la concepción del alma, y la importancia de su unión con el cuerpo, que podrían encontrarse en los *Essais*).

Sin embargo, no menos falto de memoria que Michel de Montaigne se encontraría Descartes, tal y como detallaría en su retrato intelectual, al inicio del *Discurso del método*⁶, y con iguales intenciones críticas para con el “sistema retórico”. Y aunque no se trataría aquí de establecer una ‘filiación’ exacta o de hablar de los concretos mecanismos de una “influencia” de un autor a otro, sí que podríamos mostrar, ese sería uno de los objetivos principales de nuestra comunicación, la ‘convergencia’ existente en el ‘filosofar’ de ambos autores por su común oposición al “sistema retórico” y, al mismo tiempo, entender tal oposición como representativa de un movimiento intelectual fundamental en los orígenes de la Modernidad con ecos muy relevantes en nuestro tiempo, poco matizadamente denominado posmoderno.

En definitiva, y aunque la crítica de la mnemotecnia ocuparía un lugar mucho menos relevante en la obra cartesiana que en los *Essais*, también en el pensador metódico la memoria sería vista desde una perspectiva crítica, como algo exterior, ajeno, de lo que cabría servirse, para cumplir determinados propósitos individuales, sustituyendo su papel central retórico por una preeminencia, en el caso de Descartes, de la razón, en tanto que principio de acceso a la verdad⁷.

Y, a su vez, esta concepción de la memoria, secundariamente ubicada, escasamente merecedora de la confianza del filósofo, dado su carácter falible, su fragilidad desde un punto de vista epistemológico, como revela la cuarta de las reglas del método cartesiano, por ejemplo, daría pie a una concepción del alma, del sujeto humano, de

⁶ R. Descartes: *Discours de la méthode*, París, Vrin, 2005, p. 45 y ss. Es ésta edición del discurso especialmente relevante por las múltiples notas y comentarios de Wilson, relacionando a éste autor con su contexto intelectual y, de manera relevante para nuestros intereses, apelando a la discreta, pero central, influencia de Montaigne en el pensamiento cartesiano.

⁷ Véase el final de la *Méditation métaphysique* en R. Descartes: *Oeuvres*, ed. de C. Adam y P. Tannery, París, Vrin, 1974-1986, así como, para ver el estado de la cuestión y las dificultades vinculadas al estudio de la memoria por Cartesio su R. Descartes: *Ecrits physiologiques et médicaux*, París, PUF, especialmente el Apéndice de las páginas 261-268.

nuevo con diversas consonancias, a la vez que con diferencias, con la noción más experimental que teórica de la mente que despunta en los escritos montanianos (lo que, al mismo tiempo, nos conduciría a una relectura tanto de la importancia del cuerpo y del alma en Descartes, al hilo de sus últimos escritos, sobre las pasiones, por ejemplo, como a una consideración detallada de los dispersos apuntes que sobre las mismas cuestiones abundan en la obra de Montaigne)⁸.

Asimismo, tales consideraciones retóricas y psicológicas tendrían consecuencias duraderas, concretándose en otro de los *topos* habituales de la crítica especializada en ambos autores, que hemos indicado como central para nuestra comunicación, a saber, en la noción del supuesto surgimiento moderno del ‘sujeto’ en la pluma de Montaigne y Descartes. Sin embargo, más allá de las filiaciones y divergencias, en las que no ahondaremos por mor de la extensión de nuestra comunicación (y que habrían de ver con el contraste habitual antecitado entre el sujeto empírico, histórico, de los *Essais*, y el mucho más abstracto, puro, teórico, de las *Meditaciones* y el *Discurso*), suele pasar desapercibida la armonía en que ambos escritores se encuentran, no sólo por relación a un período, el del Renacimiento tardío e inicios del Barroco, en que el sujeto individual adquiriría una nueva pregnancia, sino por contraste con la noción de sujeto hasta entonces imperante, la derivada del *ethos* retórico o ‘carácter’ del orador, en el paso de la autoridad de tercera persona a la primera persona del singular⁹.

Frente a una concepción, pues, del individuo, del sujeto del discurso, como alguien que se ocultaría y ampararía en la autoridad de la materia expuesta, en las opiniones vertidas por los clásicos, y que pretendería evitar, asimismo, cualquier referencia ajena a las cualidades del “orador virtuoso”, esto es, a las características de un yo genérico (de ahí las críticas, por ejemplo, en la época, a cualquier intento de hablar de cuestiones singulares o íntimas, entendiendo tales licencias en términos de presunción), nos interesaría captar ese momento de transición del reposo en la autoridad y generalidad al sujeto singular, que hablaría en su propio nombre, al modo en que lo hace el que aparece en los textos montanianos y cartesianos de manera clara y distinta.

⁸ Para tratar de lo primero, entre otros, el libro de D. Kambouchner: *L’homme des passions*, París, Albin Michel, 1995, en dos volúmenes, para lo segundo, J. Starobinski: *Montaigne en mouvement*, París, Gallimard, 1993.

⁹ La bibliografía sobre el “surgimiento” de la subjetividad en la época moderna es inmensa, pero quizá sea interesante destacar, como puntos de entrada válidos para el aspecto que aquí mencionamos el colectivo de B. M. Bedos-Resak y Iogna-Prat (eds.): *L’individu au Moyen-Age. Individuation et individualisme avant la modernité*, París, Aubier, y el libro de R. Misrahi : *Les figures du moi et la question du sujet depuis la Renaissance*, París, Armand Colin, 1996.

Y así, nos alejaríamos de las concepciones meramente fenomenológicas del yo, como las que en muchas ocasiones han protagonizado la lectura de los *Essais*, y que convertirían a estos en mera autobiografía (adscripción que difícilmente cuadraría en sus principios genéricos rectores con el complejo y polimorfo ensayo montaniano), o de aquellas que resaltarían el carácter trascendente y, en definitiva, universalizador del sujeto cartesiano resultante de la reflexión metódica; con lo cual sería, pues, la noción de un sujeto como responsable del discurso, en el sentido aristotélico de *hipokeimenon*, como aquello que subyacería al discurrir del texto y que de manera singular se responsabilizaría de lo dicho, de los argumentos desplegados, apoyándose en su solo juicio y sin recurso alguno a la autoridad o generalidad, como correspondería al “sistema retórico”, aquel contra el que se perfilaría la “novedad” del argumentar, y de la subjetividad asociada a la argumentación, montaniano y cartesiano.

Y precisamente en oposición, de nuevo, a las dos partes restantes de la tradicional división de la retórica, la *inventio* y la *dispositio*, se articularía la última cuestión que abordaríamos en esta sección, donde trataríamos de responder otra vez a las lecturas tópicas, incluso en el seno del propio cartesianismo primero (por ejemplo, en Malebranche)¹⁰, que contrapondrían de manera simple la escritura montaniana al pensar cartesiano.

De este modo, si en tales lecturas la ‘ruptura’ cartesiana consistiría en poner en marcha un razonamiento argumentativo ausente en autores anteriores, incluido Montaigne, que operaría, por ejemplo, persuasivamente por “contagio imaginativo”, haciendo uso de la fuerza de las historias puestas en juego en sus diversos ensayos, una interpretación más atenta al contexto retórico de la Edad Media y Renacimiento desvelaría, más bien, por un lado, la presencia de un arte de argumentar diverso del cartesiano (idealizado, de todos modos, en su distinción entre argumentación y persuasión, así como en su deslinde de las estrategias retóricas), consistente en la determinación de la causa y el subsiguiente uso de material tradicional o *topos*, destinada a confirmarla, anclándose en la evidencia cultural sostenida por la comunidad intelectual de referencia, a la que pertenecería el que argumenta; por otro lado, el carácter eminentemente crítico y ‘rupturista’, en cierto modo, del propio ‘argumentar’ montaniano se revelaría precisamente en su distancia por relación al “sistema retórico” y ello en, al menos, dos sentidos: teóricamente, mediante el peculiar análisis y

¹⁰ N. Malebranche: *De la Recherche de la Vérité*, París, Vrin, 1945, p. 198.

cuestionamiento centrales que llevaría a cabo este autor en los *Ensayos* de la noción de ‘costumbre’. Aquí se opondría por tanto al proceder eminentemente comunitario y tradicionalista del argumentar retórico, y prácticamente, mediante el juego, central en la elaboración del propio género ensayístico puesto en marcha por Montaigne, de la intertextualidad y polifonía de su escritura; las tales, nuevamente contrarias a los argumentos de autoridad y cuidadosa ‘imitación’ o cita llevada a cabo en el paradigma retórico (modificándose así, además, con tales críticas a la *dispositio*, de manera aún más evidente la propia noción de *inventio*, mucho más cercana en los *Ensayos* a nuestra ‘creativa’ concepción de la misma que a la ‘extractiva’ o ‘imitativa’ que dominaría en el paradigma retórico).

2.

Así pues, y sin dejar de tener en cuenta las diversas diferencias en el procedimiento argumentativo y compositivo que actuaría en ambos autores, cabría indicar cómo Montaigne y Descartes compartirían, y eso es lo que ha tratado de evidenciar nuestro estudio, una misma base de oposición y ruptura, por respecto a un sistema dado y dominante, el de la Retórica; y en ese sentido, aunque en cada uno de los puntos señalados creemos que podrían encontrarse diversos elementos de divergencia y oposición en la manera y la materia de los textos de ambos escritores, habría otros muchos puntos donde sus perspectivas podrían manifestar una amplia armonía, dando cuenta de lo incorrecto de las distinciones y oposiciones tajantes, que privarían tópicamente a Montaigne de cualquier consideración en el ámbito de la Filosofía Moderna, y a Descartes en el de la Literatura Contemporánea.

Frente a la empresa retórica de su tiempo que conducía a crudos dogmatismos, la propuesta montañiana pasaba por una idea del discurso filosófico no desarrollado de manera lineal y unívoca, tendiendo hacia un fin impuesto como conclusión al lector, sino como un despliegue del debate, como una disputa abierta que invita a la actividad del lector, al ejercicio de su juicio, a la reflexión.

El ensayo “El arte de conferenciar” puede leerse desde esta perspectiva como el discurso del método montañiano. El término ‘conferer’ admitía en el siglo XVI diversos sentidos, entre ellos la idea de comparación, no una inductiva, que condujera a principios generales, sino discriminante, y así dialogar o debatir, dar pie a la contradicción, pero no una obstinada, sino fructífera, sería una práctica envidiable,

propia del ‘conferenciar’¹¹. Lo que se buscaría en definitiva, y aquello que daría unidad a este ensayo, sería un esclarecimiento del juicio, que podría coexistir con su incertidumbre o irresolución. Este arte de conferenciar, como evidencia esta meta y la propia forma de los ensayos, se pondría en práctica a lo largo de todos los *Essais*, llenos de contradicciones y paradojas, si uno atiende a ellos dogmáticamente, pero no desde un punto de vista activo, conversacional, como el expuesto.

Para dotar de coherencia a los *Essais*, pues, han de considerarse estos como textos no dogmáticos, que practican un tipo de escritura dialógica que se caracteriza no por tener como objetivo la adhesión de un lector pasivo, sino por invitar al juicio, a una posición activa, de debate. El autor, de esta manera, no se presentaría a sí mismo como un especialista, un sabio dispuesto a impartir una serie de lecciones, sino como alguien corriente que busca implicar a otros hombres comunes en una discusión abierta. No resultaría accidental que haya sido Sócrates la figura tutelar de la obra de Montaigne y que su importancia precisamente en el “discurso del método” montañiano sea central.

Y si Montaigne es uno de los hitos de esta corriente ‘filosófica’ renacentista que frente a la especialización y formalización del saber dio un papel fundamental a la vulgarización y al juicio, no sería menor el papel jugado por el cartesianismo en la prolongación y difusión de esta tendencia. Frente a las interpretaciones tópicas a las que aludíamos al inicio de nuestro texto, Descartes puede leerse como heredero de estos pensadores renacentistas, ejemplificados en Montaigne, a la hora de reivindicar la mediocridad de su filosofía.

La primera y la sexta parte del *Discurso del método*, que abundan en enunciados meta-textuales, pueden servirnos de punto de partida. En la línea de la posición sociológica de Montaigne, Descartes habla aquí de “la mediocridad de mi ingenio”¹², y de que por su parte “nunca he presumido de que mi ingenio fuese en algo más perfecto que el de los demás”¹³. Y esta “mediocridad” loable (muy similar a la desplegada y defendida por Montaigne) contrastaría con una detestable (en el sentido moderno peyorativo del que hablábamos al principio de nuestra exposición), la de los “doctos”.

Estos, que por la descripción cartesiana serían tanto los oradores como los escolásticos, llegan a una especialización ilegítima por medios dudosos. Y así, como un

¹¹ *Ibíd.*, III, 8, p. 216 y ss.

¹² Citaremos aquí el *Discours de la Méthode* por la página de la edición de Alquié, R. Descartes: *Oeuvres philosophiques*, vol. I, París, Garnier, 1988, en este caso p. 570 y seguiremos principalmente la traducción de la obra de Eduardo Bello Reguera, R. Descartes: *Discurso del método*, Madrid, Tecnos, 1994.

¹³ *Ibíd.*, p. 568.

ciego conduciría a los que ven a oscuras cuevas para luchar en igualdad de condiciones, “tal manera de filosofar es, sin embargo, muy cómoda para quienes no poseen sino un ingenio muy mediocre [en el sentido peyorativo]; puesto que la oscuridad de las distinciones y de los principios de que se sirven les permiten opinar sobre cualquier materia tan audazmente, como si la conocieran, y sostener todo lo que afirman contra los más hábiles y sutiles sin que haya forma de convencerlos”¹⁴. Descartes, por el contrario, quería hacer “entrar la luz del día en la cueva a donde han descendido a batirse”¹⁵, ya que estaba persuadido de que todo hombre es capaz de filosofar y entendía que su propia filosofía era adecuada, por su sencillez, para ello, frente a la especialización y sutilidad ilegítimas.

La primera de estas dos convicciones cartesianas, que todo hombre es capaz de filosofar, la encontramos desarrollada especialmente al principio de la primera parte del *Discurso del método*, en el pasaje celebre en que se afirma que “el buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo”, un poco más adelante reafirmada: “pues en lo que concierne a la razón o al sentido, ya que es la única cosa que nos hace hombres, y nos distingue de los animales, quiero creer que está entera en cada uno de nosotros”¹⁶. Esta reivindicación de la universalidad de la capacidad de filosofar, contra toda especialización o elitismo, iba a la par de una revalorización de las actividades humanas en general, que contrastaba con el desprecio habitual de los “doctos” por lo común: “si bien al observar con ojo de filósofo las diferentes acciones y empresas de los hombres no se encuentra ninguna que no parezca vana e inútil”¹⁷.

En cuanto a la segunda de las convicciones, la de la sencillez de la filosofía cartesiana, también es bien conocida y atraviesa el conjunto de la obra cartesiana. De nuevo la afirmación de Descartes era polémica, enfrentada a la supuesta dificultad y sutilidad de la filosofía escolástica, que legitimaban la marginación de la gente común de la empresa filosófica. El pensador cartesiano, por el contrario, argumentaba que sus “razones [son] (...) tan simples y tan conformes con el sentido común que parecerán menos extraordinarias y menos extrañas que algunas otras que se pudieran tener acerca de los mismos temas”¹⁸. definiendo así una filosofía “mediocre”, vulgar, aunque exigente (no hay que olvidar la matización cartesiana, que ha de recordarnos la salvedad

¹⁴ *Ibid.*, p. 642.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ *Ibid.*, pp. 568-569.

¹⁷ *Ibid.*, p. 570.

¹⁸ *Ibid.*, p. 648.

montañana antes señalada sobre el juicio, de que “no basta, pues, tener un buen ingenio, lo principal es aplicarlo bien”¹⁹.

Y la consecuencia de ambas convicciones, a favor de un modo mediocre de filosofar, no exclusivo de una filosofía dogmática y sistemática, hiper-especializada, era doble. Por un lado, Descartes defendería la lengua vulgar, dejando el latín para la especialización, como indicaba en, por ejemplo, la carta-prefacio a sus *Principios de la filosofía*, para justificar la traducción francesa de esta obra. Por otro lado, se incitaba a la lectura activa, Descartes, como Montaigne, ponía al destinatario de su texto en el lugar del sujeto. Esto implicaba no concebir el texto como lección, “no es pues mi propósito aquí enseñar”²⁰, e igualmente que cada lector “juzgue”, esto es, “contribuya” a la empresa cartesiana.

El juicio sobre su obra es tan importante en Descartes como en Montaigne, ya que esperaba beneficiarse a su vez de tales juicios, aprovechándolos para instruirse²¹. Y así, en esta misma línea, en la sexta parte del *Discurso* pedirá “a todos aquellos que tengan que hacerme alguna objeción que se tomen la molestia de enviarlas a mi librero e, informado por éste, trataré al mismo tiempo de juntar a ellas mi respuesta”, asegurando que reconocería con toda franqueza sus faltas, si era capaz de reconocerlas²². Y es sabido que en las *Meditaciones metafísicas* aún iría más lejos por este camino, recogiendo en cada edición las objeciones que le iban haciendo sus lectores más destacados y acompañando éstas de sus respuestas. Y la misma invitación a una contribución activa del lector, de su juicio, puede encontrarse al final de la carta-prefacio de los *Principios de la filosofía*, si bien aquí con mayor prudencia, desaprobando la obra de Regius, uno de sus seguidores, *Fundamenta Physicae*.

En definitiva, esta comunicación, retomando nuestro estudio doctoral sobre los *Ensayos* de Michel de Montaigne, donde investigamos las nociones de ironía y escepticismo, así como su estrecha relación con la noción moderna de subjetividad en los textos de este autor francés, querría haber mostrado en escorzo algunas de las coincidencias y disonancias de este pensador con el llamado padre de la Filosofía Moderna: René Descartes (cuestión central apenas tratada por otros estudiosos anteriores y descuidada asimismo en nuestros trabajos previos), por relación, como

¹⁹ *Ibid.*, p. 568.

²⁰ *Ibid.*, p. 571.

²¹ *Ibid.*, pp. 570-571.

²² *Ibid.*, pp. 646-647.

hemos expuesto, al todavía escasamente investigado “sistema retórico” pregnante durante toda la Edad Media y el Renacimiento europeos.

De este modo, no sólo pretenderíamos contribuir a una visión más perspicua de algunos hitos fundamentales de los ‘orígenes’ del pensamiento Moderno, sino también a realizar una crítica de las habituales simplificaciones llevadas a cabo en la propia concepción de la Historia de las Ideas, con su linealidad evolutiva y sus rígidas distinciones y periodizaciones y, finalmente, a una mejor comprensión de nuestro actual panorama intelectual, poco matizadamente denominado en muchas ocasiones como posmoderno, ya que las tensiones, simpatías y divergencias, entre estos dos autores tan representativos en los diversos ámbitos mencionados: los de la mente y el cuerpo, así como sus diversas interrelaciones, el de la concepción del sujeto, o el de la argumentación y la conceptualización filosóficas, nos serían hoy en día más cercanas y su reflexión más urgente que nunca. Releer a ambos autores en la clave que proponemos podría contribuir a iluminar aspectos oscuros en diversas áreas del pensamiento actual plenamente vigentes, como las de la Filosofía de la Mente o de la Acción, o las Teorías de la Argumentación y de la Racionalidad, y, en definitiva, mostraría lo necesario que es, y sigue siendo, pensar en una encrucijada de saberes.